

Libro:

“Historia social de Tucumán y del azúcar”

Autor: Eduardo Rosenzvaig. Editorial: Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, 1986. Dos tomos: 475 páginas.

Pocas veces una investigación entrelaza sagazmente los avatares de la historia lugareña con la del país en su conjunto, reverdeciendo aquella conocida reflexión tolstoiana de que a través de la aldea se puede conocer el mundo.

Esta obra -casi 500 páginas de apretada tipografía- desentraña las causas raigales del fenómeno socio-económico con el de carácter político para lo cual el autor ha tenido que bucear en más de 300 volúmenes, artículos y documentos, paralelamente a la lectura de archivos oficiales y de diarios y revistas e inclusive, sustentándose en testimonios personales.

Eduardo Rosenzvaig, profesor de la Universidad Nacional de Tucumán, a cargo de la cátedra “Historia general de la cultura”, ha sabido impregnar de savia fecunda un estudio que permite al lector enfrascarse en el conocimiento de un fenómeno que define la avaricia de aquellos poderosos factores de poder, tanto económico como político, que pretenden con un anacronismo falaz, pero a la vez ingenuo, “marchar hacia atrás en el interior de un tren en marcha”, como lo expresara Aníbal Ponce.

Pero la historia rueda en una sola e irreversible dirección, enderezada en este meduloso ensayo que no transige con medias tintas, a honrar la memoria de esos indígenas aherrojados y humillados, de esos negros esclavos víctimas de un genocidio trágicamente millonario, de esos peones rurales sádicamente explotados, de esos obreros de los ingenios maltratados por leyes proscriptas, de esos obreros urbanos que levantaron y levantan la bandera reivindicativa de la dignidad humana.

Es pertinente destacar en la “Historia social de Tucumán y el azúcar”, una constante aparentemente contradictoria: el azúcar es un fruto amargo para la abrumadora mayoría de los protagonistas de su siembra, cultivo y cosecha. Centenares de miles de hombres, mujeres y niños de distintas generaciones y orígenes, lo supieron y lo saben. Fueron y son indígenas, negros esclavos, peones rurales, obreros de los ingenios, pequeños cañeros explotadores de escuálidos surcos y también obreros urbanos identificados con este drama que no termina de concluir.

El abordaje del tema refleja paralelamente otra realidad que proviene de la presencia degradante del latifundio, allá en el noroeste argentino con los barones del azúcar y en todo el territorio nacional, con la prevalencia de un régimen inequitativo de distribución del suelo que achica al país mediante un desarrollo deformado, o mejor dicho condicionándolo por la vía del subdesarrollo, si no ya definitivamente subdesarrollado.

Corresponde afirmar en términos generales -más allá de las pocas excepciones confirmadoras de la regla- que los anales de nuestro pasado fueron escritos e interpretados con un criterio elitista, desmayando la presencia de sectores sociales sin los cuales la vida que se cuenta no hubiera sido posible.

A la vera de este criterio pocos antecedentes similares tiene esta “Historia...” y su publicación por la casa de altos estudios de la más pequeña de las provincias argentinas, importa la introducción de un aguzado estilete en las entrañas de una sociedad cuya superestructura jurídico-social, secuela de una estructura económica obsoleta, marcha decididamente al garete.

El drama tucumano -parábola cuanto acontece en la Argentina y en vastos territorios americanos- es sintetizado magistralmente por Eduardo Rosenzvaig: “el descubrimiento tuvo un impulso burgués pero la conquista uno feudal”. Amparado en esta definición que categoriza el inédito suceso histórico registrado hace pronto 500 años, junto con los acontecimientos que le sucedieron, el autor desmenuza el devenir de la sociedad colonial, en períodos abaricatorios de cuatro clásicas unidades productivas: el ayullú, la encomienda y el ingenio.

Al analizar, capítulos tras capítulos, cada una de estas periodizaciones, Rosenzvaig reitera su lúcido concepto al sostener que “la conquista terminaba asesinando el descubrimiento”. Y enancado en este aserto, manifiesta que las alforjas medioevales de los que descendieron de los bajeles españoles, feudalizaron la vida íntegra de la sociedad colonial, destruyendo todo intento de aburguesar el contenido de una gestión que por aquel entonces (tengamos muy en cuenta el tiempo histórico y el espacio geográfico en donde tuvieron lugar los hechos) hubiera podido facilitar el desarrollo de las fuerzas productivas.

La trama explícita, período por período, todas las dificultades enfrentadas por la inmensa mayoría de la población sometida a los rigores de una explotación inmisericorde de la mano de una oligarquía de estereotipado linaje sanguíneo que aún hoy se sostiene bajo el patio acogedor de leyes que legitiman su presencia paralizadora.

La obra “no tiene otra pretensión que la de ser un punto de partida”, afirma modestamente el autor, conciente de que “cualquier fenómeno social es tan inagotable como la naturaleza misma”.

Lo que importa es que hay que reformular la concepción de un pasado que se origina en “la deformación clásica de nuestra nación, cabeza gigante para un cuerpo raquítico y su reflejo inconsciente en la forma de ver la historia como el origen de la cabeza sin cuerpo o como el disimulo involuntario del raquitismo”.

Eduardo Rosenzvaig -lo sostenemos enfáticamente- o disimula ese raquitismo y lo penetra con la precisión de un entomólogo. Aquí radica uno de los soportes fundamentales de su trabajo convertido en una lección ejemplificadora del método que otros historiadores deben asumir -el del carácter dialéctico del desarrollo social- para que el pasado argentino sea conocido como lo fue, con la rigurosidad a veces cruel de la verdad, y no con la artificial vestimenta de una mentira piadosa.